La Ilustración Artística

Año XXXI — Barcelona 30 de septiembre de 1912 — Núm. 1.605

BARCELONA.—SALÓN PARÉS



ORIENTAL, cuadro de Francisco Sans Castaño



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando se viaja por Galicia, no se sabe cuál es la impresión predominante: si la magia de la naturaleza, o la de la dificultad inmensa de las comunicaciones.

Creo, sin dejarme influir por el cariño regional, que no existe en España nada más bello que estas cuatro provincias, tan variadas, además, en sus aspectos; pero también afirmaría que en pocos sitios del mundo será tan difícil viajar.

Ved, por ejemplo, lo que hay que hacer para trasladarse a este magnífico balneario de Mondáriz, desde la Coruña; una distancia total de ciento setenta y tantos kilómetros.

O se viene por Monforte, y a causa de la falta de enlace de los trenes se pasa la noche en el camino, después de un trayecto en ferrocarril que dura largas horas, o se emprende la excursión por Santiago, y entonces, ante todo, el recorrido de la capital a la ciudad metropolitana, en automóvil de línea; luego, trasladarse del paradero del automóvil a la estación, en un coche, pues la estación de Santiago o, mejor dicho, de Cornes, se encuentra distante del pueblo «la carreriña de un can», tomar después el «West Railway Galicia Company Limited», o sea la chocolatera indecorosa que lleva este enfático nombre, y que, por tolerancias imposibles de explicar, se ríe de las disposiciones vigentes, no lleva timbres de alarma, disfruta de un material antidiluviano, va siempre a paso de tortuga, y llega con retrasos fantásticos de una y dos horas en el corto recorrido. Y, entre paréntesis: el tal *Railway* es un argumento fortísimo para los que hacen consistir el patriotismo en sostener que España está a la misma altura que cualquier país extranjero, o, más bien, que los países extranjeros andan sobre poco más o menos como España: ¿Ven ustedes?—suelen decir—. Pues éste es un ferrocarril inglés..., ¡y qué deficiencias las suyas! Peor que ninguno de aquí... Sin observar que no son solamente los franceses, sino también los britanos, los que trabajan de un modo especial «pour l'Espagne et le Maroc...»

***

Fuera ya de un tren tan sorprendente, se puede dormir en Vigo, y es lo que yo aconsejaría, porque en Vigo existen hoy hoteles de primera, y tengo reciente la grata impresión del *Continental*, un primor de conforte y de trato a la moderna, con un comedor que me ha recordado el del *Amstel Hotel*, en Amsterdam, por la vista que disfruta, que si en la Venecia del Norte se goza más de cerca, en Vigo es mucho más grandiosa. Cuando nos sentábamos a despachar un almuerzo apetitoso, con preludio de mariscos de la costa, los cangrejos, los *berberechos*, las quisquillas, entraba majestuosamente en bahía un gran transatlántico, el *Cap Finisterre*, y atracaban a sus costados innumerables botecitos, mientras que, tras las acacias que se alinean sobre el muelle, veíamos el desfile apresurado de las innúmeras maletas y baúles de los emigrantes que pronto se guarecerían en las entrañas del hermoso navío, para salir en busca de tierras donde los tributos no hagan la vida imposible... El espectáculo, bajo un cielo claro y puro que pocas veces hemos contemplado este año, y sobre un mar de lapislázuli, azul sombrío veteado de oro por el sol, era admirable. Digo que el *Amstel Hotel* no puede competir con tal panorama. La codiciada bahía es mágica. Un arco triunfal cuya curva ciñe amorosamente una tierra paradisíaca.

***

Pero—y vuelta a mi tema—todo ello no impide que gastemos treinta y tantas horas en lo que, directamente y por las antiguas trilladas carreteras de antaño, cualquier automóvil recorre en seis u ocho, descansando en el camino y almorzando los expedicionarios, cabe una fuente, como hicimos hace dos años, por más señas. Y yo creo que lo arduo de los viajes, la arterioesclerosis de las vías de comunicación es una de las causas de que en Galicia se haya desarrollado tanto el automovilismo. Viajar por aquí en tren es peor que viajar en camello hacia la Meca.

Y dan ganas de preguntar, ¿qué hicieron las camadas de hombres políticos, que en Galicia se han producido, demostrando asombrosa fertilidad el terruño para tal planta? ¿Qué trabajaron? ¿Qué siguen trabajando ya que aun hoy, muertos los que vemos alzarse desgarbadamente en bronce en cada paseo, quedan vivos, y Dios les conserve la vida muchos años, los suficientes para tender una red de caminos como tienden redes de otro género? Eternízase aquí la construcción de los ferrocarriles secundarios, y transcurren años y años sin que adelanten un paso las mejoras. A Madrid pudiéramos ir en catorce horas, y tardamos veintidós o veinticuatro, desde la Coruña. Y no hay trazas de que se colme el vacío entre la Coruña y Santiago. La política anduvo en ello y alzó una muralla entre ambas ciudades.

***

La primera condición para que los viajeros frecuenten una comarca, es la facilidad de las comunicaciones; la segunda, los hospedajes. No ha muchos días, leí un artículo juicioso de Balsa de la Vega sobre este punto concreto. De cierto no se puede esperar a transformaciones repentinas. Estas cosas son obra de tiempo. Yo añado que, en gran parte, va transformándose ya el hospedaje español. Existen hoy en Galicia algunos excelentes, y este balneario de Mondáriz, desde el cual escribo, ha sido una verdadera escuela cuyas enseñanzas han formado a los demás de la región. No quiero decir que precisamente hayan venido a cursar aquí, como a una Salamanca de la hospedería; lo que quiero significar, es que, hará unos veinte años, cuando el propietario de los manantiales, Enrique Peinador, empezaba a planear el establecimiento a la moderna que había de substituir a las viejas barracas y casucas en que los agüistas se pasaban la temporada renegando, la región tampoco conocía más formas de buen hospedaje que las tradicionales de la casa de huéspedes en que se estaba «como de familia». ¡Oh! Y de estas clásicas, venerables posadas, no hablaré yo mal, ¡líbreme Dios! He residido, en Santiago de Compostela, en una que era un portento, de la cual conservo los recuerdos más agradables. Allí se dormía entre sábanas bordadas de hilo, y bajo colchas de damasco rojo, de hábito de prelado; allí se comía como en la propia casa, las mejores piezas que al mercado salían, y la huéspeda, cariñosa, preguntaba, de víspera, ¡qué nos pedía el apetito! Allí se servía el chocolate en bandejas y salvillas de maciza plata, y nos alumbrábamos con los candelabros señoriles, de muchos brazos, de peso de varias libras... Y allí—recuerdo que me hace sonreir aún—nos presentaban cada día, al almuerzo como a la cena, cuando no a la merienda, una caja entera de mermelada de membrillo o ciruela «de las monjas», y cuando yo preguntaba qué hacían de tantas cajas empezadas apenas, me contestaba la buena señora, sencillamente: «Después de empezarlas ustedes, las acaban los estudiantes de arriba...»

Pero aquella posada, y otras quizás no tan típicas en su solidez y buen trato, se han acabado ya; quedan rezagos en vetustas ciudades, y lentamente desaparecen. En cambio, surgen los hoteles de sistema europeo, y algunos es fácil que hasta superen en lujo, al menos en cuanto a la edificación, a los más ponderados.

***

Me lo decía ayer un portugués, un señor que ha sido representante de su país en Rusia, hasta la reciente fecha de la caída de la monarquía: ni en Alemania, ni en Francia, existe un establecimiento balneario del fuste del de Mondáriz. Hablo del actual, prescindiendo de otro, con carácter científico riguroso, adelantado hasta la última palabra, que se halla en construcción y que superará a cuanto puede imaginarse en perfeccionamiento de higiene y refinamiento de mérito curativo: y conveníamos en que ni el comedor, ni la sala de fiestas, ni otros accesorios del balneario existente, inaugurado hará unos doce años, pueden ser fácilmente superados ni aun igualados, ya que para arriesgar tanto capital se necesita contar con la fama de unos manantiales muy célebres; y volvíamos a deplorar las malas comunicaciones, la situación topográfica, nuestra grande enemiga; porque todo el mundo, al salir de su casa, prefiere acercarse lo más posible a Francia y al resto de Europa, y no a las regiones de Finisterre, sin más salida que Portugal cada día más perturbado, menos tentador para los meros turistas sin opiniones políticas, y donde (extraño resurgimiento atávico), el nombre de español ha venido a ser, ni más ni menos que en el siglo XVII, como un estigma, como un despertador de odio. Todo el trabajo de conciliación entre ambas naciones peninsulares se ha perdido, y no se adivina si habrán de disiparse estas nubes, mostrándose de nuevo un espíritu de concordia, por encima de las miserias de banderías y furores políticos.

El reflejo de estos trastornos, de esta agitación, fué que apenas hubo colonia portuguesa en Mondáriz. No hemos visto a aquellos fidalgos envueltos en chales-manta o en largos guardapolvos de matiz de arcilla, que, serios y estirados, despachaban su vaso de agua con dignidad de gente que, fuera de su patria, aspira a dar de ella idea óptima; ni aquellas lusitanas morenuchas, a quienes no se podía achacar sino una afición inexplicable a las telas color café, nuez, aceituna, verde lagarto y otros medios tonos muy poco favorables a la tez obscura. Fuera de esto, que más bien atañe a los caprichos estéticos de cada cual, la colonia portuguesa era en extremo recomendable, amable, fina, animada y discreta. Constituía, seguramente, un tercio de la clientela de Mondáriz, y no escatimaba elogios a cuantas cosas buenas hay en esta tierra, que ganará tanto más, cuanto más se la conozca.

***

Sus mismos hijos ignoramos, a veces, lo mejor de por aquí. En Santiago de Compostela existe una casa de salud para dementes, el manicomio de Conxo, que es sencillamente una maravilla. No cede el paso a los celebrados sanatorios de Alemania. Los enfermos disfrutan de un parque dilatado y fértil, cuyo cercado mide kilómetros de extensión. Árboles añosos y jardines y estanques en que no hay medio de ahogarse, aunque uno se lo propusiese, aseguran a los enfermos el paseo y el recreo al aire libre, y habitaciones espaciosas, altas de techo, amuebladas con singular cuidado para la comodidad sin peligros, completan la instalación. Baños, hidroterapia, todo corre parejas. El cariño y la humanidad más grande acompañan a las ventajosas condiciones, que hacen que este benéfico establecimiento sea honra de nuestra patria. Y, lo repito, varios gallegos lo ignorábamos, hasta que especiales circunstancias nos lo han hecho aprender. No era que no supiésemos que el manicomio existía; pero no sospechábamos el lugar que le correspondiese entre los de Europa. Y apenas nos atreveríamos a afirmar que está en primera línea, si no nos lo garantizasen exactas referencias. Porque se duda del bien propio, cuando se tiene el hábito de creerse atrasado, y es sorpresa ver, al lado de importantes adelantos como representan estos balnearios y manicomios, mucho que pertenece a lo que ya Góngora estigmatizó, al hablar de las «posadas de madera» de Galicia.

***

En la transformación que ha de sufrir esta comarca llena de encantos y atractivos y que sólo necesita hacerlos valer y que haya quien los mire, a Santiago de Compostela corresponde un papel nada secundario: el de centro científico, en competencia con los de Alemania y Suiza, donde se saca tanto partido de estas industrias útiles a la especie humana. Lo reclaman las tradiciones de su gran Facultad de Medicina, sostenidas hoy por doctores de merecida fama, de iniciativas, jóvenes y animosos. Alguno proyecta crear un gran sanatorio y clínica operatoria, pero no creo que a eso se limite. Santiago debe ser, en España, la Meca de la medicina moderna. Los astros parecen estar, para tal resultado, en favorable conjunción, y la enorme riqueza hidrográfica de Galicia puede contribuir a que el milagro se realice en breve.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LO INCURABLE, POR JOSÉ FRANCÉS, dibujo de Tamburini



Ya sentados, Antonio Vergeles me contó su historia

I

Me asaltó de pronto con un abrazo estrecho, casi asfixiante. El bastón que llevaba en la mano derecha y un paquete que llevaba en la mano izquierda me golpearon la espalda.

—¡Chiquillo! ¿No me conoces? Claro. ¡Tanto tiempo sin vernos!

Logré desasirme y permanecimos un rato mirándonos cara a cara.

Él sonreía bonachonamente, gozando en serme desconocido. Yo, fruncidas las cejas, procuraba recordar.

Era un hombre alto y grueso. Próximo a la cuarentena, todo hablaba en él de una vida plácida y feliz. Vestía uno de esos trajes de color y de corte exclusivamente provincianos. En los dedos cortos y nudosos le brillaban sortijas de mal gusto y de mucho precio. La carne del rostro le relucía como la de algunos animales bien cebados. A impulsos de la risa que le agitaba el vientre, se veía bailar sobre él una ancha cadena de oro, con su guardapelo de esmalte negro y aljófar.

—¿Pero no me conoces? ¿Es posible? ¿Tan cambiado estoy?

Acabé por indignarme levemente. No hay nada más absurdo que estas agresiones de un desconocido, amigo en otro tiempo lejano, que se empeña en atormentar nuestra memoria.

—No; la verdad... El caso es que... No. Nada. Perdone usted. ¿Su nombre?

—¡Vergeles, hombre! ¡Antonio Vergeles! Aquel que iba al Universal, ¿no te acuerdas?

Poco a poco, arrancada a tirones desde la obscura hostilidad del olvido, fué surgiendo la figura escuálida y lamentable de aquel Vergeles del Universal.

Entonces era un muchacho humilde, enfermo de romanticismo y de hambre. Comía cocidos de taberna y bebía vasos de café, lo mismo que escribía versos arbitrarios y cuentos irónicos a lo Anatole France: gracias a los sablazos pecuniarios y literarios.

Su silueta esquelética, sus sombreros indefinibles, sus manos en forma de garra y los ojos sombríos por la fiebre y los insomnios, eran harto conocidos de los noctámbulos madrileños, de los porteros de todas las redacciones y de los representantes de todos los teatros.

Hubo ocasión en que llegamos a creer en su talento. Las sombras, malditas y augustas a un tiempo mismo, de Poe y de Verlaine, parecían envolverle en una quimera de arte y de dolor.

Incluso publicó un libro, ni más bueno ni más malo que otro de sus contertulios del Universal o de Levante.

Por último, Antonio Vergeles desapareció de los cafés y de las porterías de las redacciones lo mismo que apareció: inesperadamente.

Unos, los más piadosos, afirmaron que se había pegado un tiro; otros, los más soñadores, afirmaron que había emigrado a París para hundirse en el pozo de las traducciones a franco la página y de los asilos nocturnos de Montmartre. No faltó quien asegurara haberle oído decir que atravesó el Océano camino de las tierras nuevas.

Y he aquí que, de pronto, al cabo de muchos años, en plena calle Alcalá se me presenta un Antonio Vergeles, absolutamente distinto al poeta, sablacista de dinero y de ideas que conocí durante la cándida edad de todas las confianzas.

No tuve más remedio que abrazarle. Volvió a golpearme la espalda con el bastón y con el paquete de la mano izquierda.

Luego se apartó unos cuantos pasos para contemplarme con la misma gozosa impertinencia de antes.

—¿Estoy muy cambiado, verdad? ¡Chico, la buena vida!..

—¿Te casaste?

—Sí; soy rico.

—Pero ya no escribes...

Hizo un mohín desdeñoso.

—¡Bah!.. La literatura... Aquello está muy lejos. Ahora soy un hombre sensato, con sentido común... Ya te contaré... Es casi una novela; pero que me ha producido infinitamente más que la mejor novela al mejor novelista... Anda, ven... Tomaremos un bock.

Los años plácidos, la vida tranquila y asegurada le habían provisto de cierta instintiva cualidad de mando. Obedecí, encogiéndome de hombros y dejándome arrastrar hacia el primer café que encontramos a nuestro paso.

Mediada la tarde ardorosa y encendida de junio, había un grato frescor de cueva dentro del café.

Estaba casi vacío. Sobre las mesas, sobre las claras pinturas murales, sobre el mostrador repleto de botellas, entre las que surgían los grifos metálicos de la cerveza y de la soda para los refrescos espumosos, el silencio y la penumbra daban una sensación de paz provinciana.

—Parece que estamos en el *Suizo* de mi pueblo; dijo Antonio Vergeles. No faltan más que los golpes del dominó para que sea lo mismo que allí. ¿Tú juegas al dominó?

Protesté horrorizado.

—Yo sí. El año pasado gané un diploma de honor en el Casino. Si vas alguna vez a casa lo verás. Lo tengo sobre la mesa del despacho...

Ya sentados, Antonio Vergeles me contó su historia. Aunque a él le parecía novelesca, era vulgar y lógica. El soñador famélico no tuvo que abdicar de ningún idealismo para transformarse en el orondo burgués que obtenía premios del Casino como jugador de dominó.

Se casó por medio de una agencia de matrimonios y fué a ocultarse en el fondo de un pueblo próximo a Madrid. Conforme la esposa pudo resultarle lógicamente mala, le resultó ilógicamente buena y Antonio Vergeles bien comido y pudiendo consagrarse sin peligro para el estómago a la más deliciosa de las vagancias.

—¡Encantado, chico!.. Tú no puedes imaginarte lo feliz que soy... Mi hotel es el mejor del pueblo... Hace años fuí juez municipal... Luego me cansé...

Hablaba lento, desdeñoso, con la parsimonia de los que ya no necesitan consultar el porvenir.

—¿Y en cuanto a la literatura?

Bebió antes de contestarme. Después se limpió la espuma de cerveza que le cubría los bigotes.

—La literatura, querido, es una estupidez. A mi edad y con mis rentas no sirve para nada. Eso es cosa de chiquillos o de hambrientos... Chico, perdona... No me había fijado en que tú...

Me encogí de hombros sonriendo.

—No, hombre; no hay de qué... Después de todo tal vez tengas razón.

—Es que hay excepciones...

—Sí; pero no merecen la pena. La verdadera vida no está en los libros, sino lejos de ellos, sin que necesitemos vender lo más noble o lo más bello de nuestra alma por unas cuantas pesetas.

—¡Claro, hombre!

Hubo una pausa, durante la cual los dos bebimos la cerveza rubia y ya sin espuma.

El café empezaba a llenarse de gente y de ruido. Antonio Vergeles consultó su reloj y se puso en pie repentinamente.

—¡Córcholis! ¡Las cinco y cuarto! ¡Y a las seis sale el tren! ¡Vámonos! ¡Vámonos!

Salimos del café. Yo pagué tres bocks de Antonio Vergeles y uno mío. En esto no había cambiado.

II

La semana siguiente, aceptando una invitación de mi amigo, decidí pasar un día fuera de Madrid en el hotel de Antonio Vergeles.

El hotel era ancho, espacioso. El jardín tenía unos árboles copudos y propicios a la siesta. En los macizos las flores crecían espléndidas.

Fueron unas horas de quietud y de olvido muy beneficiosas al espíritu. Incluso llegué a envidiar la suerte de mi amigo.



Retratos de las hijas del pintor flamenco Cornelio Vos (1585-1651), cuadro pintado por éste y existente en el Museo del Emperador Federico, de Berlín

La señora de Vergeles era una mujer cuarentona que debió tener veinte años admirables. En torno mío se agitaban cuatro o cinco chicos, hijos del matrimonio. Tenían el pelo negro como el padre y los ojos azules como la madre, y eran revoltosos y obedientes al mismo tiempo...

Quise volver a Madrid el mismo día; pero no me dejaron. Tuve que pasar la noche en el hotel.

Después de cenar, acostados los niños, charlamos un poco el matrimonio Vergeles y yo. Ni por casualidad hablamos nada relacionado con literaturas ni quimeras. Si acaso aludimos alguna vez durante el día al pasado loco del marido, sirvió para las burlas de la mujer e incluso del mismo interesado.

Por último la señora nos dejó solos para disponer mi alojamiento. Las ventanas abiertas sobre el campo dejaban pasar la dulzura mansa de la noche.

Hubo un largo silencio y de pronto Antonio Vergeles, bajando la voz, acercándose a mí, temeroso y humilde, encontrando a través de los años hundidos y tan lejanos ya, la actitud y el gesto de aquel poeta famélico del Universal que nos quitaba el dinero y las ideas, murmuró:

—Si quieres pasaremos al despacho y te leeré las primeras escenas de un drama que estoy escribiendo... Estoy un poco desorientado, ¿sabes?..

La sopa del convento, grabado de Fernando Schmutzer



LA PRIMERA ROSA, cuadro de **C. A. Lenoir.** (Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses. París, 1912.)

VIENA.—EL XXIII CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL.—LA SOLEMNE PROCESIÓN

A pesar de la lluvia torrencial que cayó desde las primeras horas de la mañana, la procesión celebrada en Viena el día 15 de este mes, con ocasión del XXIII Congreso Eucarístico Internacional, fué un acto de una grandiosidad y de una solemnidad superiores a toda ponderación.



Grupo de prelados que asistieron a la procesión. (De fotografía de Vidal.)

Después de la misa de pontifical, que dijo, en la catedral de San Esteban, el arzobispo de Sofía monseñor Menini y a la que asistieron multitud de prelados, sacerdotes y religiosos y gran número de fieles, púsose en marcha la procesión, que se organizó por el orden siguiente:

Abrían la marcha los guardias de Corps, los comisarios de los Reales palacios y una sección de trompeteros, seguían los estandartes y banderas de las asociaciones religiosas, de los cuerpos militares de Austria y de las sociedades obreras del Imperio; los altos dignatarios de la corte, representaciones de las juventudes católicas y de la nobleza, varios camareros y consejeros privados montados a caballo y diez y ocho consejeros en carrozas particulares. Iban a continuación el caballerizo mayor de palacio, las carrozas palatinas, con más de ciento cincuenta prelados, entre cardenales, arzobispos y obispos, y el legado pontificio cardenal Von Rossum, llevando el Santísimo Sacramento y acompañado del cardenal arzobispo de Viena monseñor Nagl, en la histórica carroza de la emperatriz María Teresa, tirada por ocho soberbios caballos negros, con arneses dorados. Rodeaban aquella carroza algunos dignatarios del Imperio y varios sacerdotes. Detrás del Santísimo seguían el emperador Francisco José y el archiduque heredero Francisco Fernando, en suntuosa carroza arrastrada por ocho magníficos caballos blancos con guarniciones de oro. Cerraban la comitiva las carrozas que conducían a los archiduques Carlos Francisco José, Leopoldo Salvador, Eugenio, José y Carlos Alberto, cada una de ellas tirada por seis caballos blancos.

Al paso de la procesión, la muchedumbre que, no obstante la lluvia, llenaba las calles, prorrumpía en entusiastas aclamaciones, que se convertían en ovaciones delirantes cuando pasaban las carrozas que conducían al cardenal legado y al Emperador.

En la explanada de la Heldenplatz habíanse ido reuniendo los grupos de congresistas, distribuídos por naciones y asociaciones, entre los cuales llamaban la atención por sus trajes pintorescos los bohemios, los polacos, los húngaros, los bosniacos, los dálmatas y los tiroleses. Estos últimos, armados en su mayoría de grandes hoces, llevaban el milagroso Cristo, obra de Andrés Sofía, tan venerado en el Tirol.

A la derecha de la puerta del Palacio Nuevo había una magnífica tribuna, en la que se hallaban los ministros austriacos, el Cuerpo Diplomático y numerosos miembros de la aristocracia.

En los balcones del palacio estaban los miembros de la familia imperial, los dignatarios de la corte y otros muchos ilustres personajes.

A las doce y media comenzó a entrar en la plaza la procesión y al aparecer las carrozas del Santísimo Sacramento y del Emperador, el público prorrumpió en estruendosas aclamaciones.

Al llegar la primera carroza al centro de la explanada, todo el mundo se hincó de rodillas y el cardenal Von Rossum dió la bendición con la Sagrada Custodia.

El legado y el Emperador entraron en palacio y la procesión regresó en el mismo orden a la catedral de San Esteban.

En todas las calles por donde pasó la religiosa comitiva y que estaban artística y suntuosamente engalanadas, cubrían la carrera las tropas en traje de gala.

A las señoras se les había ordenado que no asistieran a la procesión, por lo que hubieron de presenciar el imponente desfile desde la calle unas y otras desde las tribunas levantadas de trecho en trecho o desde los balcones de las casas.

Se calcula que concurrieron a la procesión 200.000 personas, entre ellas 1.250 cardenales, arzobispos y obispos.—R.

Los tiroleses con el milagroso Cristo muy venerado en el Tirol. (De fotografía de Carlos Trampus.)



La carroza en que iba el legado pontificio, cardenal Von Rossum, llevando el Santísimo Sacramento



La carroza en que iban el emperador Francisco José y el archiduque heredero Francisco Fernando



EN EL VALLE DE LA MUERTE, REPRODUCCIÓN DEL CELEBRADO CUADRO DE BRITON RIVIERE

MADRID.—FALLECIMIENTO Y ENTIERRO DE S. A. LA INFANTA DOÑA MARÍA TERESA

La repentina muerte de S. A. la infanta Doña María Teresa ha causado hondísima pena a toda la nación española, pues España entera estimaba en lo mucho que valían las altas virtudes que adornaban a la augusta dama.



S. A. la infanta Doña María Teresa, fallecida en Madrid el día 23 del actual. (De fotografía de Kaulak.)

Modelo de hijas, de esposas, de madres, sus bondades no se circunscribían a los afectos de la familia, sino que de ellas eran partícipes cuantos desgraciados a ella acudieron. Jamás negó un socorro a quien lo necesitaba; siempre acompañaba la dádiva con esas palabras y esos consuelos que sólo los corazones angelicales saben prodigar y que hacen más santa e infinitamente más grata la limosna al que la recibe. De aquí la adoración que por ella sentía el pueblo madrileño, que era el que con ella en más íntimo y frecuente contacto estaba; de aquí el sentimiento indescriptible que en todas las clases sociales de Madrid, especialmente en las populares, ha producido su fallecimiento, sentimiento que, como antes decimos, ha compartido toda España.

La infanta Doña María Teresa nació en Madrid el día 12 de noviembre de 1882 y en 12 de enero de 1906 casóse con su primo el infante D. Fernando de Baviera. Deja cuatro hijos, D. Luis Alfonso Fernando, D. José Eugenio Alfonso, Doña María de las Mercedes y una niña recién nacida no bautizada todavía, a causa de la muerte de su madre, y a la que se impondrá el nombre de Pilar.

Doña María Teresa hallábase convaleciente del nacimiento de esta última y se disponía a abandonar el lecho por primera vez, cuando le sobrevino un desvanecimiento del que murió en el acto. Comunicada inmediatamente la triste noticia a SS. MM. y a los demás individuos de la Real familia, acudieron todos al palacio de la Cuesta de la Vega, residencia de los infantes Doña María Teresa y D. Fernando, desarrollándose allí las más desgarradoras escenas. También acudieron en seguida el gobierno, los elementos palatinos e innumerables personalidades, que llenaron de firmas los álbumes puestos en la puerta del palacio.

El cadáver de la Infanta, amortajado con el hábito del Carmen, fué trasladado por la tarde a la capilla del palacio, convertida en capilla ardiente, y velado por un zaguanete de alabarderos, por varios monteros de Espinosa y por las Hermanas del Corazón de María. La familia Real permaneció también toda la noche en el palacio.

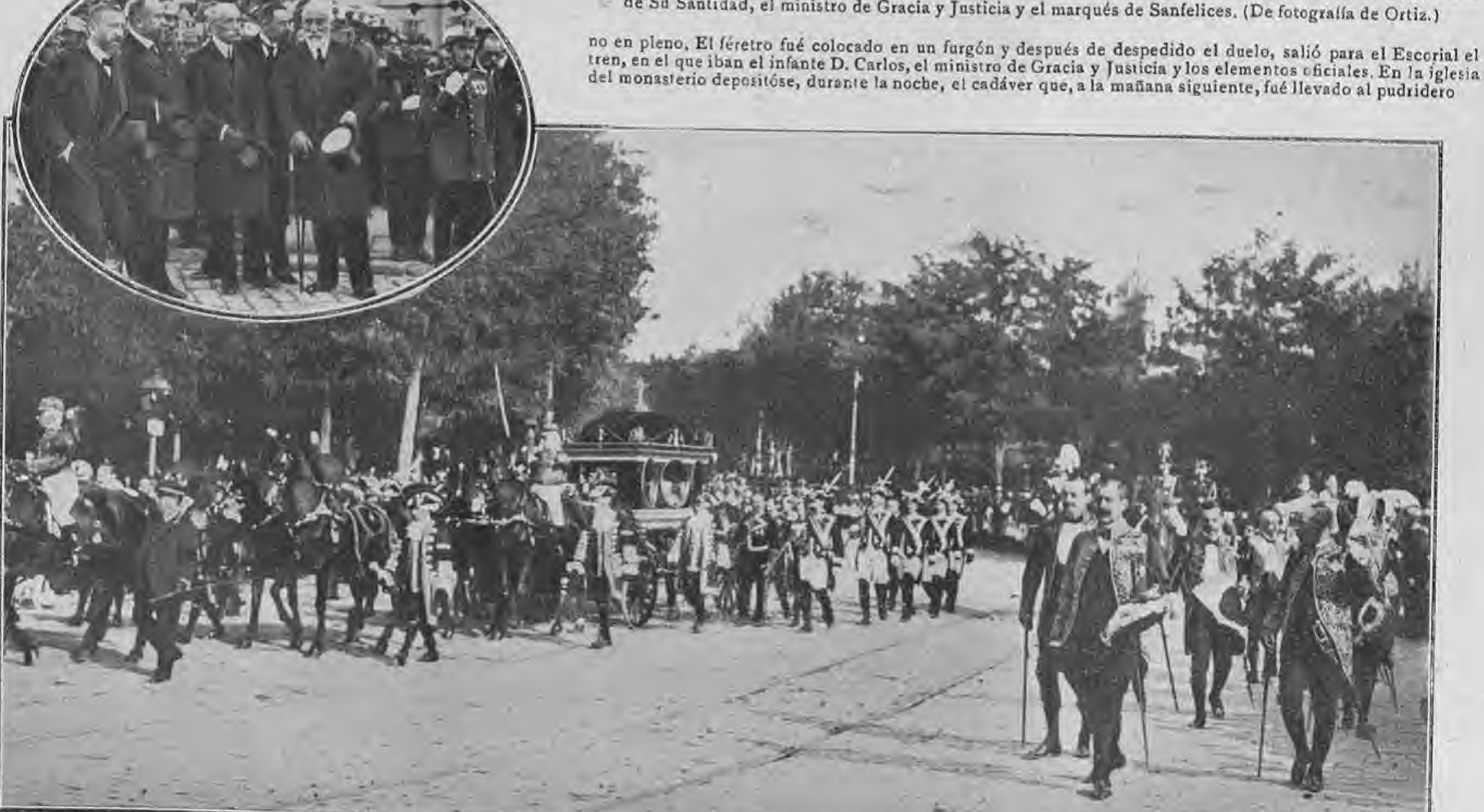
Durante la mañana siguiente rezáronse misas que oyeron la familia Real y el alto personal palatino, y a las doce y media permitióse al público la entrada en la capilla ardiente.

Por la tarde efectuóse el entierro. Presidían el duelo S. A. el infante D. Carlos, en representación de toda la familia Real, el ministro de Gracia y Justicia, el pronuncio de S. S. monseñor Vico y el jefe de la casa de los infantes Doña María Teresa y don Fernando, marqués de San Felices. En la comitiva figuraban, además del personal palatino, los grandes de España, senadores y diputados, representantes de los altos cuerpos del Estado, generales, comisiones, autoridades, corporaciones y numerosos particulares.

El fúnebre cortejo dirigióse a la estación del Norte, en donde esperaba el gobierno en pleno. El féretro fué colocado en un furgón y después de despedido el duelo, salió para el Escorial el tren, en el que iban el infante D. Carlos, el ministro de Gracia y Justicia y los elementos oficiales. En la iglesia del monasterio depositóse, durante la noche, el cadáver que, a la mañana siguiente, fué llevado al pudridero



La presidencia del duelo.—S. A. el infante D. Carlos (1), representante de la familia Real, el pronuncio de Su Santidad, el ministro de Gracia y Justicia y el marqués de Sanfelices. (De fotografía de Ortiz.)



El expresidente del Consejo de Ministros Sr. Maura y los Sres. Dato y Lacierva.—El cortejo fúnebre en la Cuesta de San Vicente (De fotografías de Ortiz.)

MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



Rectificó el nudo de su corbata y prosiguió: «Después de todo, esto me tiene sin cuidado.»

Y fijó en seguida su mirada llena de ardiente cariño, de piedad y también de reproche, en la enferma que se había semiincorporado como para acercarse al amigo, al salvador.

—¡Manuela!, balbuceó tembloroso. ¡Manuela!

Mas al verla tan pálida, tan abatida, tan quebrantada; al observar los estragos de aquella enfermedad que no había podido destruir la belleza de la siempre adorada, pero que la había ya transformado demacrándola, comunicándole la transparencia de la cera y prestándole el encanto doloroso de las cosas demasiado frágiles y que fatalmente van a romperse, exclamó con acento desesperado:

—¡Manuela, querida Manuela! ¡Ya estoy aquí!

Rolanda, sin embargo, anegada en llanto que ya no trataba de contener, repetía:

—¡Estoy perdida! ¡Has venido demasiado tarde!

—¿Qué, estás casada ya?

—Lo estaré mañana.

Claudio lanzó un ronco suspiro de satisfacción.

—Mañana..., entonces no está perdido todo.

—Sí, sollozaba Rolanda; estoy perdida porque he dado mi palabra y no puedo volverme atrás... ¡Si supieses! ¡Ah, malo, imprudente!.. ¿Por qué has desaparecido?

«Desaparecido». Esta palabra recordaba al doctor todas las incomprensibles confidencias de Manuela a su primo Miguel Arribio.

—¿Pero no recibiste mi carta?

Rolanda que no conocía más carta que aquellas pocas líneas escritas por Claudio en el momento de salir de Nueva Escocia y que sólo habían servido para favorecer los tenebrosos proyectos de Delorme, respondió:

—Sí, una carta en que nos decías que estabas en el otro extremo del mundo y que no regresarías hasta dentro de unos meses; en que no nos indicabas nada de tu itinerario, ni de tus proyectos, ni de los medios de comunicarnos contigo.

—No, no es ésta; ésta es reciente...

—La recibimos hace poco más de quince días.

—Pero la otra, la primera; la que os escribí en el momento de mi partida...

Las dos mujeres le miraban estupefactas.

—Aquella en que os daba la dirección del doctor Lordau y os decía que en cualquier caso de necesidad os dirigierais a él... ¿No habéis recibido esta carta?

—No, exclamaron las dos a la vez.

—¡Ah, pobres, pobres amigas mías! En tal caso...

Mas advirtiendo al fin la presencia de la modista,

que no sabía qué actitud tomar y que deseaba dejar a aquellas gentes que hablaran a solas de sus cosas íntimas, añadió, procurando disimular:

—En fin, de todo esto hablaremos cuando estemos solos; por de pronto...

Y dirigiéndose a Rolanda le preguntó:

—¿Esta señora?

—Es la modista, la señora Dubray.

—He venido, dijo ésta, a probar a la señorita el traje que ha de ponerse mañana.

Claudio, al oir estas palabras, hizo un gesto indefinible de incredulidad, de reto y de cólera.

—¿Y terminará pronto la prueba?, preguntó.

—Ha terminado ya, caballero.

—Entonces, perdone usted, señora, si le pido permiso para...

—... Para que le deje proseguir esta entrevista íntima que lamento haber estorbado demasiado tiempo... ¡Ah, caballero! Soy yo quien debiera haberme excusado, despidiéndome.

Y cerrando precipitadamente sus útiles de prueba en un saco de mano, preguntó:

—¿A qué hora habré de venir mañana para vestirla, señorita?

—Ya la avisaremos a usted esta noche, respondió vivamente Claudio, añadiendo entre dientes: si hay lugar a ello...

Cuando hubo visto desaparecer a la modista y a su *groom* y cerrado violentamente la puerta, dijo, llevando de la mano a Rolanda hasta el cuarto de su madre:

—Ahora, vamos a lo más urgente. Tu madre está enferma, hija mía.

—Estoy mejor y ahora lo estaré más, suspiró la pobre mujer.

Pero él, envolviendo aquel rostro que tanto había amado..., que tanto amaba, en una mirada, en la que había una honda piedad al par que un inmenso cariño, replicó:

—Enferma, sí, seriamente enferma; y algo sé de la causa de este mal...

—¿La sabes? ¿Y cómo?

—Todo se explicará en el momento oportuno... Lo demás, Manuela, ya me lo contará usted poco a poco, sin precipitarse, sin cansarse, porque ahora tendremos tiempo de sobra. Sí, insistió contestando a un sollozo de Rolanda; tendremos tiempo de sobra, porque por de pronto supongo que no va a tratarse de ese traje que ya debieras haberte quitado.

Y viendo que Rolanda le miraba con dolorosa inquietud, añadió en un tono en el que había algo de severidad paternal:

—Cuando una muchacha tiene a su madre en el estado en que encuentro a la tuya, se aplazan todas las bodas, aun las más urgentes. Vamos a ver, hija mía, dijo suavizando su voz; supongo que no será cosa tan urgente el matrimonio que te dispones a contraer.

—He dado mi palabra.

—Corriente; pero no es faltar a la palabra obedecer ante todo a un sentimiento de piedad filial. Tu madre, te lo afirmo, está demasiado delicada para privarse impunemente de tus cuidados; empieza por cuidarla, cúrala..., y luego ya veremos.

—¡Pero es que es una deuda de honor!

—Tu mismo prometido, si es un caballero, como supongo, te dirá que aplaces el pago de esta deuda.

Y como si aquella palabra «pago» hubiese despertado en él otro orden de ideas, añadió:

—Decidme; puesto que os robaron, dejándoos sin ningún recurso, ¿cómo vivís?

—Con lo que nos ha facilitado el padrino de mi novio.

—¿Ese vizconde de l'Orme de quien me habló tu madre?

—Sí.

—¡Ha sido tan bueno!, murmuró Manuela.

—Y cuando te explique todo lo que le debemos, dijo Rolanda en voz baja..., Sin él...

Y arrojándose a sus brazos díjole al oído:

—Sin él..., la policía..., como en otro tiempo..., nuestra expulsión..., en el estado en que se hallaba mamá..., cuando no teníamos nada..., cuando era para nosotros la miseria un abrigo..., la miseria que mendiga y que muere...

—¡Cómo!, exclamó Claudio, olvidando las precauciones de Rolanda. Después de lo que me habían prometido en la...

—¡Calla!, dijo la joven tapándole la boca con su mano temblorosa.

—¡Es absurdo!.. ¡Es inexplicable!

—Sí, murmuró Rolanda siempre en voz baja. Nuestra expulsión era inminente y sólo haciéndome francesa por mi matrimonio con el Sr. de Queyrel, he podido salvar la vida de mi pobre madre... Pero, ¡cállate, por Dios! Mamá nada sabe porque pudimos ocultárselo.

—¡Y por esto!.., dijo Claudio emocionado.

—Sí, por esto di mi palabra... Es una deuda de gratitud, una deuda sagrada que debo pagar lealmente.

Y ante la resignada desolación de aquella probidad dispuesta a todos los sacrificios, el doctor sintió tal desaliento, una desesperación tan cruel que, estremeciéndose, preguntó:

—¿Pero no le amas?

—Seré una buena esposa.

—¡Está loca, rematadamente loca! ¡Es absurdo!, exclamó Claudio fuera de sí.

Pero los ojos se le llenaron de lágrimas y añadió:

—¡Oh lealtad, oh abnegación queridas!.. ¡Corazón de oro!.. Sí, estás loca, hija mía.

En esto llamaron de nuevo a la puerta; y tampoco entonces pudo ir a abrir Rolanda a causa de aquel maldito traje de novia que ahora se apresuraba a quitarse.

—¿Estáis solas?, preguntó Claudio.

—Sí, la muchacha ha salido.

—Pues voy a abrir.

Y apenas hubo abierto, escapóse de su boca un grito de sorpresa y de alegría:

—¡Cesáreo!

—Ya ve usted que he despachado pronto, dijo el recién llegado.

—¿Viene usted de casa?

—Sí y he encontrado allí la respuesta de Rosalía al telegrama que le puso usted en el Havre.

—¿Y vendrá pronto?

—Ha tomado el tren de esta mañana, así es que de un momento a otro...

—Perfectamente.

Y haciendo entrar sin ceremonias a Cesáreo en el cuarto de la enferma, díjole:

—Entre usted, mi querido Honorat, que no estará usted de más.

Rolanda, vestida ya con su modesto traje de diario, y Manuela miraban con mudo asombro a aquel mozo, joven todavía, de bigote rojo rizado y de ademanes resueltos y ágiles.

—Permítame, mi querida amiga, dijo Claudio, que le presente a una persona a quien usted conoce, de nombre a lo menos, porque sé que le han hablado a usted de ella varias veces: D. Cesáreo Honorat.

¡Cuántos recuerdos iban unidos a aquel nombre! Sí, bien se acordaban del cabo Honorat, del que había asistido a los últimos momentos de Rolando..., de aquel a quien Enrique había encontrado y con el cual quería emprender aquella expedición tan generosa como loca. ¿Cómo se encontraba allí? ¿Por qué parecía haberse dado cita con Claudio?

—Hace algún tiempo, dijo el doctor anticipándose a contestar aquella muda interrogación, los dos hemos hecho muchas cosas, que no han terminado todavía, pero que se terminarán, si Dios quiere... He encontrado en él un auxiliar precioso, mejor aún, un corazón todo abnegación, todo desinterés... Manuela, le presento a un amigo, a un amigo verdadero y fiel.

—Amaba a mi pobre teniente, dijo Cesáreo con una emoción que hacía temblar su voz; y estaba allí, señora de Aspremont, cuando su esposo le dió el supremo adiós.

—Sí, la Providencia nos ha permitido encontrar al único superviviente de aquella escena.

—El único no, señor doctor; había otro. Y mire usted lo que es la casualidad; acabo de tropezar en esta escalera con un sujeto que era su vivo retrato, tanto, que estuve tentado de preguntar si se llamaba Delorme.

—¡De l'Orme!, exclamó Rolanda. Efectivamente en esta casa...

—¿Delorme?, preguntó Cesáreo sobresaltado. ¿Hay alguien aquí que se llama Delorme?

—El vizconde de l'Orme, sí...

—Si es vizconde, no será él... Mi Delorme no habría podido ser más que un vizconde de pacotilla o de garito... Pero de todos modos el nombre es el mismo.

—¿Cómo es el Delorme a quien usted se refiere?, preguntó Claudio con interés.

—Alto, requemado por el sol, de bigote entrecano y mirada fugitiva... Bien trajeado; parece que los negocios le van bien... Algo ha cambiado en diez y siete años; pero no tanto que yo no le haya reconocido en seguida.

—¿Y qué edad tendrá?

—Pongamos cuarenta y cinco o cincuenta años. Los lleva bien, pero los representa.

—¿Cómo viste?

—A estilo de viejo militar: sombrero alto, de anchas alas, levita negra abrochada, sobretodo claro y un gran bastón.

—¿Coinciden estas señas con las del vizconde?

—Exactamente, respondió Rolanda.

—¿Y dice usted, Sr. Honorat, que asistió a los últimos momentos del Sr. de Aspremont?

—Conmigo y con el médico militar.

—¡Es imposible!, exclamaron a la vez Manuela y Rolanda.

—¿Por qué?

—Porque nunca nos ha dicho nada.

—Después de todo, dijo Cesáreo, como la señora de Aspremont no lleva este nombre, quizás él no sabe que la persona a quien conoce como señora Casteras...

—Sí lo sabe, replicó Claudio, porque la señora de Aspremont le ha relatado esos sucesos, ¿no es verdad, Manuela, que se lo ha contado usted todo, inclusos sus crueles decepciones con la familia de Aspremont?

—Ni siquiera hube de contárselas porque ya las sabía.

—¿Y cuando usted le hablaba de esas cosas tristes, cuando usted le explicaba el drama de Río Frío, no la interrumpió nunca para decirle que él estaba allí y había visto y oído?..

—¡Ya lo creo que vió y oyó!, exclamó Cesáreo. Vió a la señora de Aspremont recoger el último suspiro de mi pobre teniente; vió la llegada del señor Casteras a la plaza de la iglesia acompañado del señor Arribio. Y por la noche, lo recuerdo como si hubiese sido ayer, hablamos de todo esto, de la familia de Aspremont, de la contrariedad que aquel matrimonio y la venida al mundo de esta señorita causaría al Sr. de Lorgerac.

—¡Oh!, dijo Claudio con voz alterada. Esto es grave, sumamente grave... Vamos a ver Rolanda, cuéntame otra vez y con todos los pormenores, cómo tú y tu madre conocisteis al vizconde.

—Vizcondes de esa calaña, dijo Cesáreo encogiéndose de hombres, los fabrica cualquier impresor de tarjetas. Ese Delorme es tan vizconde como yo y mi pobre teniente, que le tenía entre ceja y ceja, y no le faltaban razones para ello; no se recataba en decir que era un canalla.

—¿Así hablaba de él?

—Y hasta le hizo perder su grado de sargento, por lo cual Delorme le guardaba gran rencor, aunque procuraba disimularlo... No eran amigos ni mucho menos.

—¿Y está usted seguro de que es el que acaba usted de encontrar en la escalera?

—Segurísimo. Acaso dudaría, si no fuese por el nombre que afirma mi certidumbre, porque en diez y siete años algo cambia una persona; pero llamándose Delorme apostaría la cabeza a que es él..., bien le reconocí en seguida...

—Entonces, ¿cómo se explica que él al ver a usted?..

—¿No se haya fijado en mí? Es que usted no sabe que cuando yo servía en los cazadores de África, llevaba toda la barba y que ahora que he tenido que quitármela para no espantar a la clientela del Tattersall y que sólo llevo bigote estoy desconocido.

—Así se explica perfectamente... Y dime, Rolanda, ¿cómo intimasteis con ese hombre?

—Su ahijado el Sr. de Queyrel alquiló un taller en esta casa.

—Es verdad, tu madre me lo dijo; el muchacho es pintor. Y vosotras, ¿vivíais aquí?

—Desde hacía mucho tiempo.

—¿Cuándo vino?

—El año pasado..., poco después de la muerte del conde Gerardo de Aspremont.

—Tu abuelo.

—Sí, Claudio, dijo Rolanda palideciendo. Me acuerdo porque desde que nos enteramos de esa desgracia...

—¿Por tu primo Enrique, sin duda?

—Sí, respondió palideciendo aún más.

Pero prosiguió resueltamente:

—En cuanto nos enteramos de esa desgracia, me hizo vestir mamá en seguida de negro: y precisamente aquel día el Sr. de l'Orme, a quien yo veía por primera vez, le preguntó, delante de mí, de quién llevaba luto. Mamá le contestó evasivamente que de un pariente muy próximo de la familia de su marido. Con gran sorpresa mía no preguntó más, pero puso una cara muy extraña, lo recuerdo perfectamente.

—Bueno; ya sabemos la fecha de la llegada de ese Sr. de l'Orme. ¿Cómo os relacionasteis con él?

—Vino a pedir a mamá que diera lecciones de castellano a su ahijado.

—¡Lecciones... a ese joven!

—Parece extraño, ¿no es verdad? Pero, según dijeron, el Sr. de Queyrel tenía encargo de copiar algunos cuadros en Madrid y como no sabía el idioma del país y como el Sr. de l'Orme se había enterado

de que en la casa había una profesora de este idioma... Así al menos nos lo dijo...

—¿Y ha ido ya a Madrid ese joven?

—Todavía no.

—¿Y cuándo dice que irá?

—Ahora, respondió ruborizándose, ya no habla de ello.

—Desde que el alumno de tu madre ha pasado a ser otra cosa en esta casa...

—Demasiado lo sabías, antes de tu partida, replicó Rolanda con un gesto de impaciencia desolada, puesto que ya mamá te había hablado de este asunto, del que la única ignorante era yo.

—Pero lo que no sabía era el pretexto de que se habían valido esos hombres para llegar primero hasta tu madre y luego hasta ti. Sí, un pretexto... El cuidado que ha puesto ese Delorme en que ignoráseis que había presenciado los sucesos de Río Frío, que había desempeñado un papel en ellos, que allí había visto a tu madre... Sus antiguas relaciones con tu desgraciado padre, relaciones que oculta tan cuidadosamente como su presencia en el momento de su muerte... Supongo, hija mía, añadió dirigiéndose a Rolanda con la firmeza de acento de una resolución ya adoptada, que ahora no tendrás escrúpulos en dejarte guiar por tu viejo amigo. Estás rodeada de tinieblas, en un gran peligro, quizás, lo presiento, lo adivino..., y estoy seguro de que tú y tu madre comenzáis también a sospecharlo.

—Sí, dijo Manuela en voz baja. Tengo miedo, Claudio..., miedo por ella...

—A Dios gracias, ya estoy aquí y ahora será menester contar contigo. ¿Qué gentes son esas que se mueven en las sombras? Lo primero que hay que averiguar es qué maquinan; porque ese matrimonio es una maquinación tenebrosa. La lealtad no procede ocultándose; esos hombres se ocultan, luego obran mal.

—Y además, dijo Cesáreo, no olvide usted que ese Delorme es un canalla que odiaba a mi teniente.

—No lo olvido, y por añadidura algo me dice que estas gentes están más metidas de lo que podemos suponer en lo que ha ocurrido aquí desde mi partida y acaso también en lo que ocurrió en otro tiempo en Río Frío.

Y dirigiéndose a Manuela, que escuchaba febril, espantada, prosiguió:

—Mi querida Manuela, juro a usted por lo que me es más sagrado, por la memoria de mi madre, que ni usted ni Rolanda tienen nada que temer. Están ustedes bajo mi amparo y no cejaré en la tarea que me he impuesto... Le juro que estaba a punto de traerle..., ¡ah!, sólo me faltaban unos días, quizás..., lo que usted ha deseado tan ardientemente desde que pisó el suelo francés...

—¡Ah, Claudio! ¡La ambición de toda mi vida!..

—Sí, la rehabilitación, el honor, el apellido de su esposo, todo esto que vislumbraba ya poder restituirle, cuando hube de interrumpirlo y abandonarlo todo para venir en su ayuda...

—¿Y cómo supo usted?..

—Supe la situación desesperada de ustedes por su primo.

—¡Por Miguel!, balbuceó Manuela sonrojándose.

—Por D. Miguel Arribio que es amigo de usted y que trabaja como yo y como ese excelente mozo, dijo señalando a Cesáreo, que se mordía el bigote para disimular la emoción que hacía temblar sus labios... Sí, todos hemos trabajado para reparar lo que hay aún de reparable en su terrible desgracia.

—¡Ha ido usted a México!, exclamó apasionadamente Manuela. ¡Ah Claudio, mi querido Claudio!..

—Sí, hemos ido a México con Honorat... Ya le contaré más despacio... Su carta me ha hecho regresar precipitadamente y al llegar a París, he corrido directamente aquí, citándome con Honorat a quien, en el entretanto había enviado a mi casa.

—¡Oh, Claudio..., mi querido Claudio...

—Y Honorat llega en el momento preciso para informarnos de cosas que nos ponen sobre la pista de dos individuos muy equívocos..., muy sospechosos..., pero a quienes la Providencia, como usted, Manuela, llama a esa ley obscura de justicia y de equilibrio, ha puesto en nuestro camino para la obra de reparación, de la que habrán sido inconscientes colaboradores.

—¿Qué va usted a hacer?

—No lo sé todavía; pero le pido, le suplico que fíe usted enteramente, absolutamente en mí.

—Claudio, me confío a usted y le confío a mi Rolanda.

—¿De modo que obedecerán?

—Ordene usted.

—Pero me obedecerán ciegamente, sin pedirme explicaciones que acaso no podría darles.

—Pasivamente, sí, respondió la enferma dejando asomar por vez primera a sus labios una sonrisa que era casi la sonrisa de otros tiempos.

—También a ti, Rolanda, te pido lo que tu madre acaba de prometerme... Te lo pido, como lo pediría un padre al hijo de su corazón.

—Como hija dócil, no tendré más voluntad que la tuya, respondió la joven gravemente.

—Pues no hay que perder un minuto. ¿Tenéis todavía a Octavia a vuestro servicio?

—No, respondió Rolanda; se marchó cuando vió que nos habían robado y que no teníamos nada...

—¡Oh miserable especie humana!, exclamó Claudio encogiéndose de hombros. ¿Y por quién la habéis substituído?

—Por una mujer de cierta edad que se llama Melania y que nos fué presentada por el Sr. de l'Orme.

—Naturalmente... Una hechura suya... Era un estado de sitio en toda regla... Es una suerte que esté fuera esa criada y para aprovechar esta suerte casi inaudita, es menester que Melania no sepa que yo estoy aquí... Verá usted, Manuela, para combatir la doblez, conviene a veces emplear sus mismas armas. Quiero saber quiénes son ese Delorme y su ahijado, y para ello hay que sorprenderlos antes de que se hayan puesto en guardia... Es preciso que, durante algunas horas, por lo menos, ignoren mi regreso.

Y siguiendo la idea que germinaba y se desarrollaba en su mente, añadió:

—Vais a despedir a esa criada con cualquier pretexto en cuanto vuelva... Hay mil medios...

Interrumpióse de pronto y exclamó, como si recordase un detalle importante que había olvidado:

—Necesitáis dinero... ¡Y yo que ya no pensaba!.. Toma, hija mía, toma.

Abrió precipitadamente su cartera y entregó a Rolanda unos cuantos billetes de banco, doblados juntos, como si aquel fajo hubiese sido preparado para ellas.

—¡Es demasiado!.., dijo la joven.

—Es lo necesario; desde ahora, sólo debéis serviros de ese dinero... Lo necesitaréis para despedir a la criada.

—No mucho...

—Mucho o poco; lo que importa es despedirla en el acto, y en seguida os enviaré en su lugar a una persona de quien podréis fiaros: Rosalía.

—¡Mi buena Rosalía!, exclamó Rolanda.

—Llega en estos momentos y ya debe estar en la calle de la Torre... Y lo que es ella, te respondo de que velará bien por nuestra enferma y por su niña de los días felices de otro tiempo... Además, pretextando una recaída de tu madre, no dejes entrar a nadie en su cuarto, a nadie absolutamente, ¿entiendes?

—Y cuando me pregunten...

—Cuando se presenten esos a quienes te refieres, Rosalía les contestará; y te prometo que Rosalía tendrá bien aprendida su lección... Y ahora, me voy a casa con César... No quiero que me sorprendan aquí... Y en cuanto Rosalía esté aquí instalada, ve a verme, que tenemos que hablar..., y largamente.

—Así se hará todo, Claudio.

—Pues hasta la vista... Animo y sobre todo..., Manuela, mi querida Manuela, ¡esperanza!

Diciendo estas palabras sus ojos brillaban con expresión de fe y de cariño.

III.—UNA IDEA DE CESÁREO

Dos horas después, Rolanda llegó a la calle de la Torre en donde era impacientemente esperada. Con Claudio estaba naturalmente Cesáreo que, como decía él mismo pintorescamente, estaba en lo sucesivo metido en cuerpo y alma en la aventura, en la que también él adivinaba que Delorme había desempeñado, quizás desde hacía mucho tiempo, un papel espantosamente sospechoso, terriblemente capital.

—¿Cómo ha ido eso?, preguntó el doctor tendiendo sus dos manos a la joven.

—Tal como tú ordenaste.

—¿La criada?..

—¿Melania?.. Ya está fuera.

—¡Diantre!, exclamó Cesáreo. Se ve que es usted expeditiva cuando conviene.

—¿Cómo te las has compuesto?, preguntó Claudio sonriendo.

—Hacía tres horas que había salido dejándome sola con mamá, y tomando por pretexto la visita de la modista le he hecho algunas observaciones. Ha querido contestarme, me he hecho entonces la enfadada y ya puedes suponer lo que debía ocurrir; se le ha escapado al fin una contestación poco conveniente y la he puesto inmediatamente de patitas en la calle, pagándole sus ocho días. El tiempo de entregarle el dinero y de hacer que se llevará su baúl.

—De modo que no ha podido sospechar la verdadera causa...

—En absoluto; así es que no puede ir a poner sobre aviso al que la colocó en nuestra casa.

—¿Y Rosalía?

—Estaba ya allí, esperando en el cuarto de mamá, en donde, como puedes suponer, no he dejado entrar a la otra.

—Tu madre, pues, estará tranquila teniendo a su lado a nuestra vieja gruñona.

—Y sabiendo que estás tú aquí, bien cerca.

—¿Y tú, hija mía, estás tranquila también?

—¡Oh, yo!, exclamó Rolanda, dejando escapar un gran suspiro que no le impidió mirar furtivamente a su gran amigo que acababa de hacerle aquella pregunta en un tono algo raro.

—Sí, tú, hija mía. ¿Comienzas a ser un poco menos desgraciada?

Rolanda clavó aún más ardientemente en Claudio sus brillantes ojos.

—¡Ah! Ya sabes...

—Sí, ya sé, mi querida Rolanda, que todo acaba por equilibrarse armoniosamente para los que tienen fe y valor.

—¡Ah! ¡Valor!.. Ya no lo tenía...

—¿Y fe?

—Comenzaba también a perderla, murmuró bajando la cabeza.

—He aquí por qué eras tan desgraciada, hija mía, porque ya no tenías fe, replicó Claudio en aquel tono algo singular.

—¿De modo que todavía hay que tener fe?, preguntó Rolanda sonriendo ligeramente.

—¡Siempre, Rolanda, siempre! La fe levanta las montañas.

La sonrisa de la joven iluminó aún un poco más su rostro que iba poniéndose sonrosado como una aurora.

—¡Ah, Claudio, mi querido Claudio!.. No ambiciono tanto...

—También la fe hace volver a los ausentes.

—¡Ah, Claudio!..

—Bueno, dijo el doctor cortando de repente aquella escena que iba resultando demasiado tierna. De todo eso hablaremos en el momento oportuno. Esto es el porvenir; liquidemos ahora el presente.

Y volviendo a lo que le preocupaba, preguntó:

—¿Cuándo habías de volver a ver a tu?..

Se resistía a decir «tu prometido».

—¿Al Sr. de Queyrel?, replicó vivamente Rolanda. Habíamos quedado citados para mañana, a las diez de la mañana.

—¿Para esta noche no?

—No, porque esta noche el Sr. de l'Orme parte para Ruán.

—¡Qué extraño!

—No; creo que ha habido no sé qué..., una mala inteligencia..., en fin que se ha visto obligado a ir a Ruán en donde traerá mañana a uno de nuestros testigos; porque él es quien se ha encargado de los testigos como de todo.

—¿De modo que ese Sr. de Queyrel no tiene más fiador que su padrino? Parecíame, sin embargo, que tu madre me había hablado de su padre, que es militar retirado, ¿no es cierto?

—Sí, el comandante de Queyrel.

—Pero ese comandante no habrá muerto...

—No.

—¿En dónde está?

—En Saint Raphael.

—¿Y no viene a la boda?

—No podría resistir la fatiga del viaje.

—¿La fatiga del viaje?.. ¿Y el *sleeping*?..

Y como Rolanda no contestara más que con ese ademán de las dos manos que se apartan y que tan gráficamente significa: «De todo esto no sé nada más», Claudio insistió:

—Vamos a ver; si no recuerdo mal, tu madre me dijo que esos de Queyrel no eran gente muy rica pero sí de muy buena posición.

—Así parece.

—En este caso, el *sleeping* es un pequeño gasto que el comandante podía fácilmente permitirse... Y en estas condiciones te aseguro que la fatiga no había sido mucha... Pero, en fin, ¿no viene?

—No.

—¿Y le representará ese... Sr. de l'Orme?

—Como es el padrino de Ludovico...

—Ese padrinazgo, murmuró Cesáreo, empieza a hacérseme muy sospechoso.

—Y a mí también, dijo Claudio, se me hace sospechosa la ausencia del padre, el único que, por su condición podía ofrecernos una referencia positiva...

—¡Claro!, exclamó Cesáreo. Como que respecto de él pueden tenerse en tres minutos noticias exactas acudiendo al Ministerio de la Guerra.

—Tal vez será preciso acudir allí... ¿Conque hasta mañana no has de ver ni al padrino ni al ahijado?

—Hasta las diez.

—Es decir, cuando vengan a buscarte para la boda...

—Precisamente hoy me han hecho su última visita, una hora antes de que viniera la modista a quien has visto cuando has entrado en esta casa, trayendo a ella la esperanza, la alegría, la suerte...

—Sí, hija mía, la suerte, que se ha mostrado propicia. Deseaba anticiparme algunas horas a esas gentes y su ausencia y su ignorancia nos dejan libre toda la noche.

—Libertad de la que nos aprovecharemos, ¿no es verdad señor doctor?, dijo Cesáreo con un ademán amenazador dedicado a sus lejanos adversarios.

—Ante todo, voy a ir a la comisaría.

—¿Quiere usted utilizar la policía para vigilar a esos hombres?, preguntó Honorat.

—No sé; hablaré de ello con el prefecto... En definitiva tal vez no haya más medio que éste; pero por de pronto quiero saber lo que haya de cierto en esa nueva amenaza de expulsión que me parece inconcebible. Además, deseo ver los atestados y las informaciones a que dió lugar aquel robo con fractura que os dejó enteramente arruinadas, mi querida Rolanda.

—¿Para qué?, preguntó Rolanda.

—Tengo una idea...

—¿Cuál?

—Te la diré más adelante... Ya sabes lo que me habéis prometido; fiad en mí ciegamente.

—Sí, Claudio, pasivamente.

—Al salir de la prefectura tendré que hacer alguna otra diligencia interesante.

—¿Y yo qué haré en el entretanto?, preguntó Honorat.

—Usted..., respondió Claudio indeciso.

—¿Quiere usted que le diga lo que estaba pensando?

—Diga usted; sus ideas suelen ser excelentes.

—Usted va a la prefectura para enterarse de lo que ha ocurrido y que consta en atestados y en informaciones, perfectamente; pero créame usted, no vaya usted allí si quiere saber muy pronto algo positivo sobre Delorme y su compinche.

—Sin embargo...

—En primer lugar, allí probablemente no los conocen; además; será preciso explicar otra vez de qué se trata, mezclar el nombre de esa señorita en este nuevo asunto, y esa gente va a decir que las señoras Casteras no acaban nunca de dejarles en paz...

—Ya lo sé; pero ¿qué hemos de hacer?

—Por otra parte, ya sabe usted que en la prefectura no van muy de prisa. Se necesita Dios y ayuda para ponerlos en movimiento.

—Y quiere usted decir que convendría informarnos inmediatamente...

—A ser posible, antes de mañana.

—Mañana por la mañana.

—Lo que, al menos, convendría saber es si tenemos que habérnoslas con gentes...

—Honradas...

—¡Oh! En cuanto a esto, usted y yo sabemos a qué atenernos.

—En otros términos, si tenemos que habernos con personas que negocian un asunto lícito...

—O con individuos que traman una infamia.

—Lo cual nos permitiría establecer inmediatamente nuestro plan de defensa.

—Y de ataque, señor doctor; porque el mejor medio de defenderse es atacar... y de firme. Esta es la antigua táctica de los cazadores de Africa.

—Realmente tiene sus ventajas.

—Pues bien, mi idea es ésta: ese joven no me ha visto nunca y probablemente ni sospecha mi existencia.

—Y aunque por casualidad le hubiesen hablado de usted, no olvidemos que el otro pasó por su lado, rozándole, sin reconocerle...

—Sería probablemente cuando iría a tomar el tren de Ruán.

—No probablemente, sino seguramente, afirmó Rolanda.

—¿Y no volverá hasta mañana por la mañana?

—O por lo menos esta noche, muy tarde.

—De modo que el muchacho pasará esta velada sin él. Pues ya tengo lo que quiero. El mozo irá forzosamente a despedirse de su vida de soltero.

—¿Y qué sacará usted de esto?

—Que tengo ganas de ser de la fiesta, o cuando menos presenciarla de cerca.

—¿Y cómo se las compondrá usted para ello?

—Me explicaré. Hace tiempo que la corro por este París. Ya saben ustedes mi profesión, picador del Tattersall de la calle de Pergolese..., una especie de artista ecuestre..., de tenor en funciones. Pues bien, esta profesión me ha puesto en relaciones lo mismo con la sociedad más elegante que con la más cursi, y un día he ido de francachela con los unos y otro día me he divertido en compañía de los otros. Resultado: que tengo vara alta en todos los lugares de diversión... ¡Sí, señores! Me he tratado con príncipes de verdad y me tuteo con una porción de princesas de doublé... Ya me entiende usted, ¿no es verdad, señor doctor? Y no digo más para no asustar a esta señorita... Y como me figuro que ese joven pintor es digno discípulo de su padrino, creo que siguiéndole las huellas me llevará a sitios en donde casi tengo la seguridad de encontrar algún compañero que me dará pretexto para instalarme y quién sabe si para fusionarme con ese joven y su cuadrilla.

—Y no teme usted...

—Tengo mi plan, ya se lo he dicho... Déjeme hacer y no quiero llamarme más Cesáreo Honorat, picador del Tattersall de la calle de Pergolese, si mañana, a primera hora, no vengo aquí a darle noticias ciertas del lindo ahijado de ese canalla de Delorme.

—Pues siga usted su inspiración.

—¿Y yo, Claudio?, preguntó resueltamente Rolanda.

—Tú, vuelve al lado de tu madre y con Rosalía parapetaos ferozmente. La consigna de mañana es no abrir más que a Honorat y a mí... En cuanto a los otros...

—En cuanto a los otros, Rosalía me ha explicado ya sus intenciones, respondió la joven sonriendo; se sabe de memoria lo que les dirá: «La señora está enferma y la señorita la cuida; para hablarles será preciso que vuelvan ustedes mañana o más tarde.» He aquí todo lo que sacarán de Rosalía, y me figuro el tono en que les dirá esto.

—En este caso, no hablemos más, dijo Cesáreo. ¿En dónde se le encuentra a ese Sr. de Queyrel?.. Por ejemplo, ¿en qué restaurán come?

—Almuerza en su casa, pero creo que unos días come en un sitio y otros en otro. De todos modos, hasta las seis está siempre en su casa.

—¿De modo que ahora está?

—Seguramente; y si ha encontrado usted en la escalera al Sr. de l'Orme, es que bajaba de casa de su ahijado...

—Pudiera ser que no le hubiese encontrado allí...

—No; no hacía más de una hora que los dos habían salido de nuestra casa, lo que indica que habían subido al taller de Ludovico, de donde, al cabo de una hora, bajó solo el Sr. de l'Orme...

—Y por consiguiente, dijo Cesáreo concluyendo el razonamiento, el otro se había quedado arriba... De todos modos, si por casualidad ha salido, los porteros lo sabrán.

—Sí, porque la portera, la señora Guichardón, le hace de criada.

—¡Ah!, exclamó Claudio. ¿Los porteros están en buenas relaciones con el ahijado y seguramente también con el padrino?

—Al padrino le llama la portera el rey de los inquilinos.

—¿Tanto le aprecia?

—Se dejaría matar por él. Pienso que es por gratitud, porque él se muestra muy generoso con ella.

—¡Ah!

Y viendo que el doctor nada añadía a esta exclamación ambigua, dijo Cesáreo:

—Pues como los reyes de los inquilinos no pueden pasar inadvertidos para su portera, a la que de fijo entregan la llave de su piso desde el momento en que les hace de criada...

—Esto lo ignoro.

—No importa, señorita. Voy a pedir a usted un pequeño favor; cuando vuelva usted a su casa pregunte en la portería si está en su piso el señor de Queyrel. Esta pregunta no sorprenderá a la portera.

—Seguramente que no..., como conoce los proyectos...

—De este modo yo sabré inmediatamente...

—Estará usted allí cerca para que yo pueda decirle...

—¡Ah, no! Nada de imprudencias, señorita... Bastaría que nos vieran hablar... No, no, usted y yo no nos conocemos. Si la portera le contesta afirmativamente, deja usted caer algo..., el portamonedas..., cualquier cosa; con tal que yo desde fuera vea que usted se baja para recoger el objeto caído, tendré bastante para saber que el muchacho está en su casa.

Rolanda miró a Claudio como preguntándole si había de prestarse a esta estratagema.

—Sí, haz lo que te dice, respondió el doctor.

—Está bien, Claudio, lo haré.

—Y ahora sólo me falta que me den las señas de mi hombre, dijo Cesáreo. ¿Qué edad tiene?

—Veintiséis años.

—¿Es rubio o moreno?

—Castaño, bastante alto y muy delgado; viste de negro y su traje es de un corte...

—Me figuro el corte siendo el muchacho pintor.

—Además le reconocerá usted en seguida por un detalle: lleva barba puntiaguda y los cabellos muy largos y rizados.

—Con estas señas le reconocería entre mil. ¿Sale de su casa a las seis?

—Puntualmente.

—Tengo bastante, señorita. Puede ese individuo estar seguro de que a las seis habrá quien le siga y aun más de cerca que un agente de policía.

—Son cerca de las cinco, dijo Claudio mirando su reloj.

—Pues no hay que perder un momento.

—Rolanda tiene el tiempo justo para tomar un coche... y usted...

—De mí no se preocupe, señor doctor; llegaré a la avenida de los Ternos al mismo tiempo que la señorita.

—Hasta mañana, hija mía.

—Hasta mañana, Claudio.

—¿Y cómo va esa fe?, preguntó el doctor a Rolanda atrayéndola hacia sí.

—Va volviendo..., va volviendo, mi gran amigo.

—Pues entonces dale un beso muy fuerte a... este viejo amigo.

La joven, en un impulso irresistible, casi inconsciente, arrojóse a su cuello exclamando:

—¡Toma! Éste por mí..., y éste por mamá.

Y echó a correr seguida de Claudio.

IV.—EN LAS ROCAS NEGRAS

Aquella tarde, Ludovico de Queyrel estaba de muy buen humor... Todo iba al pelo; todo marchaba a la medida del deseo en aquella aventura, comenzada como una escena de melodrama, con la perspectiva del procurador de la República y del tribunal, y terminada como un idilio con la aparición de una muchacha coronada de flores de azahar.

Sí, un verdadero idilio, porque aquella Rolanda era deliciosa y él iba sintiendo realmente amor por ella; de tal modo que ya se preguntaba cómo, una vez casado y con su parte de los millones en el bolsillo, se las compondría para deshacerse de la otra, a la que ya llamaba: la vieja Francina.

—¡Bah!, se decía. Los ferrocarriles están hechos para algo más que para verlos pasar... El mejor día, cuando nada tenga ya que temer y haya embolsado mi dote; cuando mi mujercita acabe por derretirse, que al fin y al cabo a otras he derretido, me largo a la francesa y voy a ocultar mi felicidad en algún rincón perdido, en alguno de los floridos rincones de la Costa Azul..., no muy lejos de Montecarlo, por ejemplo, sin dejarle mi dirección a nadie... Francina no podrá encontrarme, mas como quiero portarme con ella como caballero, le haré entregar por algún intermediario más discreto que la puerta de un despacho de escribano, el regalo que me dejará saldado con ella... Y como tardaré dos o tres años en reaparecer por aquí, Francina habrá volado hacia otros amores cuando yo vuelva a París con los míos..., si es que duran en aquel entonces, añadió filosóficamente.

Porque Ludovico de Queyrel profesaba una filosofía más bien cínica.

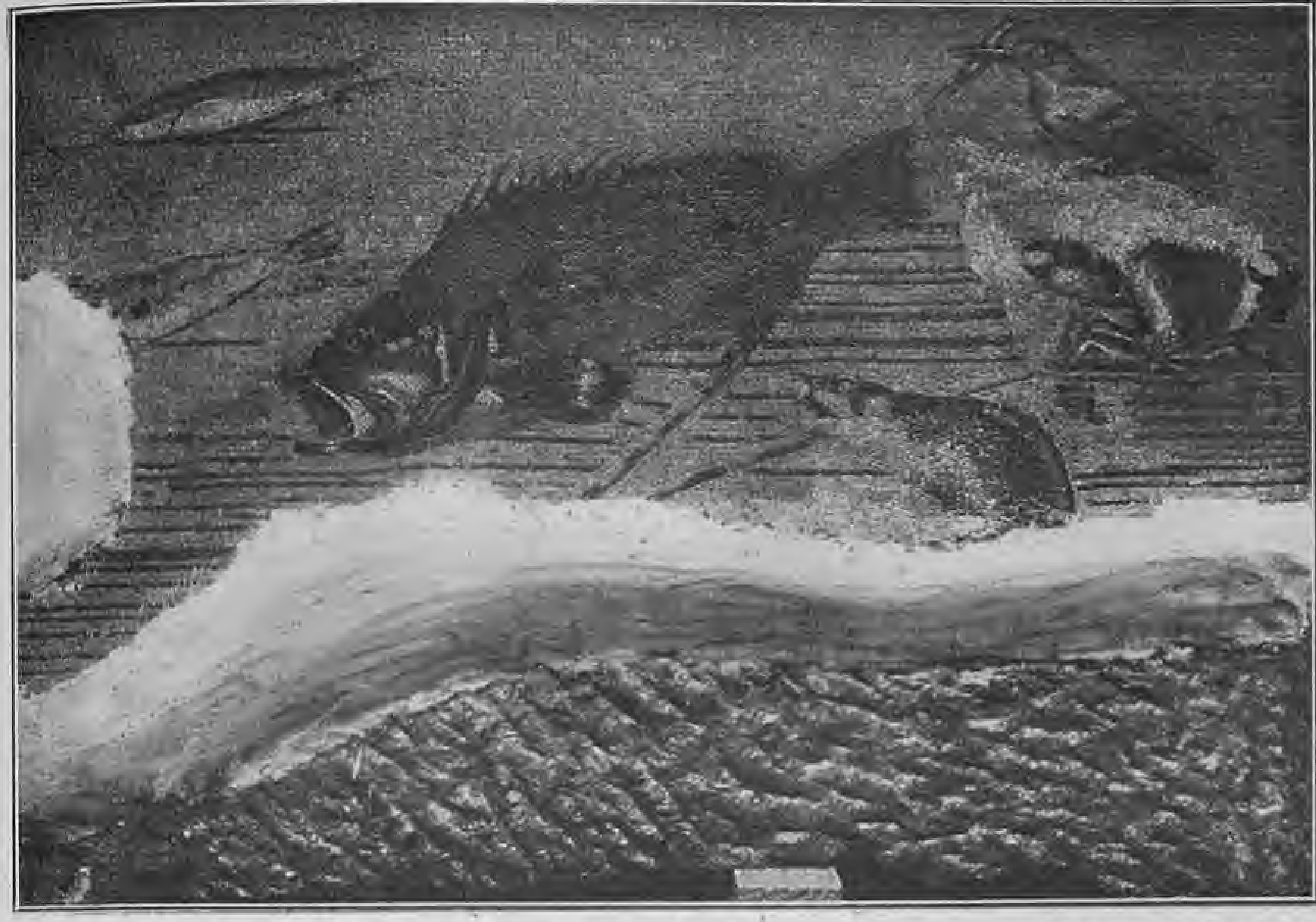
Y comenzando los preparativos de su atavío para salir, porque se había vuelto puntual como un cronómetro, comprobó con un ¡uf! de satisfacción que estaban a punto de dar las seis en el reloj estilo imperio que tenía sobre la chimenea. A aquella hora, en efecto, terminaba su jornada de soledad, de ocio, de interminables estaciones en su diván rodeado de puntas de cigarrillo, aquella jornada que, de puertas afuera, pasaba por una larga y laboriosa jornada de trabajo. Y mientras se vestía, recapitulaba su programa para aquella noche y para el día siguiente.

—Ya estoy preparado... Nada falta... No hemos olvidado nada... Mi traje de ceremonia está en mi alcoba: el sombrero, los guantes, las botas, la corbata.. La señora Guichardón lo ha preparado todo para que yo mañana no tenga más que alargar la mano... Delorme me ha dado dinero para las propinas y cuando llegue mañana a las nueve y media acompañado de los cuatro testigos que él proporciona, como todo lo demás, me encontrará sobre las armas.. y hecho un dandy..., me atrevo a jactarme de ello... Por otra parte, todo está encargado: los dos coches, el ramo de la novia y el *lunch* que se servirá en el taller al regreso de la ceremonia... Sólo faltarán algunos convidados; yo hubiera traído tantos como hubiese querido, pero Delorme me ha dicho que, dado el estado de salud de mi suegra, y además dado el deseo formal de Rolanda, la cosa se haría en la intimidad, con la única asistencia de los cuatro testigos...

(Se continuará.)

UN MOSAICO NOTABLE

En las excavaciones que por iniciativa y bajo la dirección de la Junta de Museos se efectúan en Ampurias, se ha descubierto recientemente un emblema o mosaico interesantísimo



Notable mosaico descubierto recientemente en las excavaciones que se efectúan en Ampurias
(De fotografía.)

(opus vermiculátum) formado por pequeñísimas piezas de colores reproduciendo un modelo pictórico, con todas sus líneas complicadas y todos los matices de su diversa coloración.

Estas obras, de las cuales se conservan en nuestro país rarísimos ejemplares, solían tener como asunto los variados temas alejandrinos y especialmente escenas de paisaje o marina.

Se elaboraban por mosaicistas muy prácticos e inteligentes, tal como se hace aun hoy en Roma en sus talleres, incrustando las diminutas piezas del mosaico sobre planchas de mármol u otra clase de piedra, y se transportaban desde el Oriente griego y de Italia por todo el mundo romano, en donde eran considerados como un elemento de lujo y de decoración, que se colocaba en el centro de pavimentos rodeado de mosaicos geométricos de piezas más grandes *(Opus tesellátum)* y de materiales de menos valor.

El eminente poeta cheque Jaroslaw Vrchlicky, recientemente fallecido. (De fotografía de C. Delius.)

El ejemplar descubierto en Ampurias, fuera de su lugar primitivo y sirviendo de tapa a una cisterna, representa el mar, en el que se mueven diversos peces y crustáceos, entre los cuales los pescadores de aquella localidad han reconocido especies de las que cada día extraen de aquellas costas de la Cataluña griega. Las dimensiones de este mosaico son las de ochenta centímetros de largo por sesenta de alto y su hallazgo, según parecer de los inteligentes, es de muchísimo valor artístico y arqueológico y recompensa sobradamente la campaña que viene realizando la Junta de Museos.

Estas piezas de mosaico, conocidas en su época por *emblemas*, eran usuales en el Occidente desde el siglo I antes de J. C. hasta fines del período de Augusto, en el siglo I de la era cristiana.

JAROSLAW VRCHLICKY

A la edad de sesenta años ha fallecido hace poco en Praga el ilustre poeta Jaroslaw Vrchlicky, una de las personalidades más influyentes en la literatura cheque contemporánea.

Jaroslaw Vrchlicky, cuyo verdadero nombre era Emilio Frida, no quiso limitarse a ser un poeta nacional; aunque orgulloso, como el que más, de la gloria literaria de su patria, fué un genio esencialmente cosmopolita que realizó admirablemente la misión imponente y difícil de enriquecer la lengua y la literatura cheques con todas las obras maestras de la literatura internacional, obligando al idioma a adaptarse a nuevos medios de expresión y ensanchando el horizonte artístico y literario de sus compatriotas.

Fué un escritor de maravillosa fecundidad; deja unos sesenta tomos de poesías, unos treinta dramas y varios volúmenes de ensayos en prosa. Fué, además, un traductor infatigable, habiendo vertido al cheque el *Fausto* de Goethe, la *Divina Comedia* del Dante, la *Jerusalén libertada* del Tasso, el *Rolando Furioso* de Ariosto, el *Prometeo libertado* de Shelley, el *Ashaver en Roma* de Hamerling y multitud de poesías de Leconte de l'Isle, Víctor Hugo, Carducci, Freiligrath y otros poetas más modernos.

Era profesor de literatura moderna en la Universidad de Praga y miembro de la Cámara de los Señores.

EL AVIADOR LEGAGNEUX

En 29 de agosto de 1909, Latham se elevó, en Reims, a una altura de 155 metros, considerándose entonces aquel hecho como una gran hazaña de la aviación. Sucesivamente hiciéronse vuelos más elevados, hasta que el día 6 de este mes Garrós llegó a 5.000 metros. Parecía una temeridad intentar siquiera superar este resultado y sin embargo, once días después Legagneux batía el *record* de Garrós subiendo en su monoplano Morane Saulnier a 5 720 metros. Para formarse idea de lo que es esta altura, bastará decir que la del Mont Blanc es de 4.800.

Tan notable como la altura alcanzada es el tiempo en que Legagneux la alcanzó: a los 2 minutos 30 segundos de haber emprendido el vuelo, llegaba a los 1.000 metros; a los 7 y 30, a los 2.000; a los 12 y 30, a los 3.000; a los 20, a 4.000; a los 35, a 5.000, y a los 45, a los 5.720. Desde aquella altura, el aviador descendió en vuelo planeado hasta 100 metros de la tierra, habiendo efectuado el descenso en 10 minutos, es decir, a razón de 527 metros por minuto.



El aviador Legagneux, que ha batido el record de altura elevándose a 5.720 metros. En este grabado el aviador va provisto del aparato para respirar oxígeno. (De fotografía de Central-Photos.)

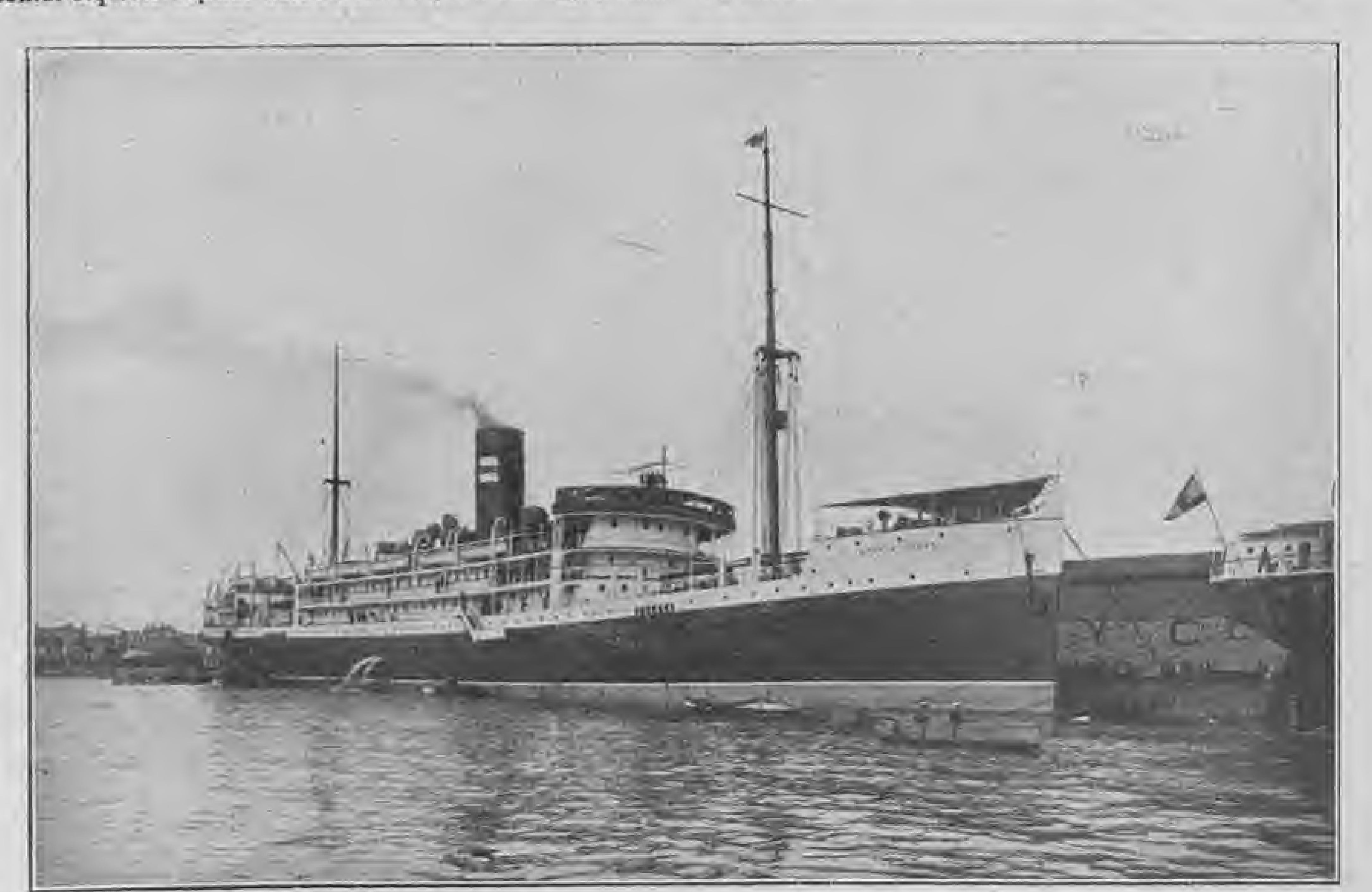
Desde la altura de 4.800 metros, Legagneux respiró el oxígeno que llevaba a prevención, valiéndose para ello de un aparato especial.

EL TRANSATLÁNTICO «INFANTA ISABEL»

En el número 1.596 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dimos una descripción minuciosa de este nuevo y hermoso transatlántico de la casa naviera Pinillos, Izquierdo y C.ª, de Cádiz.

El *Infanta Isabel*, después de haber hecho en Gláscow sus pruebas con excelente resultado, salió de aquel puerto el día 10 de este mes y estuvo en Cádiz los días necesarios para su abanderamiento, viniendo luego a Barcelona, adonde llegó el 20. El gran número de personas de nuestra ciudad que han visitado el buque han podido comprobar las inmejorables condiciones que bajo todos conceptos reúne y reconocer que puede competir con los mejores transatlánticos modernos.

El día 28 salió el *Infanta Isabel* para Montevideo y Buenos Aires.



El nuevo transatlántico «Infanta Isabel,» de la empresa naviera Pinillos, Izquierdo y C.ª, que ha estado en el puerto de Barcelona y ha salido de él para su primer viaje a Montevideo y Buenos Aires el día 28 del corriente. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

EL CENTENARIO DE LA BATALLA DE BORODINO. (Fotografía de Carlos Trampus.)

El Tsar, la familia imperial y las delegaciones de los regimientos que tomaron parte en la batalla agrupados en torno del monumento nacional ruso conmemorativo de aquella gloriosa jornada

Con gran solemnidad se ha celebrado el centenario de la batalla de Borodino o de la Moskova, en la que lucharon vigorosamente los ejércitos francés y ruso formando un total de 300 000 hombres. Aquella jornada, una de las más sangrientas que registran los anales de las campañas napoleónicas, terminó con la victoria de los franceses; éstos tuvieron 20 000 bajas y los rusos 50 000.

Los enemigos de entonces, hoy aliados, se han juntado para rendir un piadoso tributo a la memoria de los héroes de aquella batalla; y al mismo tiempo que el tsar Nicolás II acudía al campo de Borodino para presidir las ceremonias allí efectuadas, asistían a éstas dos delegaciones francesas, una oficial, presidida por el general de Langle de Carry, y otra presidida por el general de Torcy y que representaba a las sociedades «*Souvenir français*» y «*Sabretache*», a cuya iniciativa debíase la erección de un monumento dedicado a los muertos del Gran Ejército que en esta ocasión había de inaugurarse.

Este monumento, consistente en una pirámide de granito coronada por un águila de bronce, hundióse en el mar con el vapor *Kursk* que lo conducía y que naufragó en las costas de Holanda. En el naufragio pereció también el autor del mismo, el celebrado escultor Pablo Besenval.

El Tsar y la familia imperial fueron recibidos en Borodino por 900 descendientes directos de oficiales que tomaron parte en la campaña de 1812, por 1.000 generales y oficiales superiores, por todos los mariscales de la nobleza y por 5 000 representantes de los campesinos.

Nicolás II, después de haber revistado las delegaciones de los regimientos que combatieron en Borodino, fué a la Casa de los Inválidos, en donde departió amablemente con cinco testigos oculares de aquella campaña, tres de los cuales cuentan ciento veintidós, ciento veinte y ciento diez y ocho años respectivamente.

El gran maestre de ceremonias presentó luego al Emperador y a la Emperatriz a las damas de la delegación del monumento francés y a las comisiones del «*Souvenir français*» y del «*Sabretache*».

Por la razón antes indicada de la pérdida del monumento, la ceremonia de la inauguración de éste hubo de efectuarse ante una reproducción del mismo hecha de madera.

En el acto inaugural, al que asistieron la familia imperial rusa y una brillante representación de los elementos oficiales del Imperio, pronunciaron elocuentes discursos el general Torcy, en nombre del Comité del centenario; el coronel Fleury, en representación del «*Souvenir français*», y el Sr. Ternaux Compans, descendiente del general Compans, que murió en la batalla conmemorada, y representante del «*Sabretache*».

La síntesis de todos estos discursos la encontramos en las siguientes palabras del que pronunció el general Torcy: «Como aquellos denodados caballeros que, después de haber combatido en la liza con igual valentía, se daban el abrazo fraternal, Francia y Rusia, hoy unidas y aliadas, estréchanse las manos ante esos monumentos fúnebres y vienen a confirmar, como se ha dicho, la alianza de los vivos por la de los muertos.»

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN